

CONCURSO "CUÉNTANOS TU VIAJE"

Este año 2022 pasé uno de los mejores veranos de mi vida, aunque seguramente a muchos les parezca imposible que lo considere de esta manera, pues me lo pasé trabajando duramente.

Nunca antes hubiera pensado que no tener vacaciones propiamente dichas pudiera ser algo tan asombrosamente bueno que hasta quisiera repetir la experiencia.

Todo comenzó el 11 de junio, cuando, tras cargar mis maletas y las de mi padre y tres de mis hermanos en la fugo familiar, partimos hacia Portugal. Destino: Fátima.

Lo cierto es que, desde mi experiencia en Alemania allá por el 2018, muchos dirían que me he vuelto una Tuk insensata en toda regla. Como ya dije en su momento, aquello me cambió y mi parte Bolsón que, como Bilbo en el Hobbit, se pensaba que el mundo estaba recogido en libros y mapas y se podía contemplar desde el cómodo sillón de casa, dio un giro de 360° y se transformó en Tuk aventurera.

Siempre me he considerado una persona entusiasta, positiva y soñadora, con una mente bastante abierta y muchas ganas de explorar, pero el corazón al principio no opina como el cerebro y en ese caso, mi corazón estaba dividido, nervioso e inseguro; iba a volver a pasar un verano entero lejos de casa y sin vacaciones. No vería a mis amigas, ni a mi familia en tres meses y sacrificaría mi descanso para que otros pudieran tener el suyo, pues ese es el lema de los camareros.

Tras un asfixiantemente caluroso viaje atravesando Castilla y Extremadura hacia Portugal, llegamos a nuestro destino: un pueblecito de unos veinte mil habitantes, situado a 54 kilómetros de la costa, famoso por su historia y lugar de peregrinación. Llegamos al pueblo sudando, pues desgraciada y desafortunadamente, el aire acondicionado se había estropeado y el país entero atravesaba una ola de calor. Y, tras hacer una compra básica en un supermercado que encontramos en el camino, nos dirigimos al piso. Anabella nos esperaba en el portal con las llaves del piso. Anabella era una amiga de los dueños del piso que se encargaba de mantenerlo y cuidarlo cuando ellos no estaban, y el piso pertenecía a unos amigos de la familia que, altruista y generosamente me habían concedido pasar el verano allí, mientras trabajaba.

Cuando llegamos, Anabella nos entregó las llaves y nos enseñó el apartamento, desvelándonos todos sus secretos y sus peculiaridades: dónde estaba cada cosa, que los estores no se podían subir hasta el tope... Luego nos deseó buena estancia y se despidió.

Anabella resultó ser un ángel, de esos que Dios pone en tu vida para hacértela más fácil y agradable. Tiene un corazón del tamaño del Empire State y una sonrisa cálida como una tarde de verano.

Aquella noche, mis hermanos, mi padre y yo asistimos al Rosario de las Velas, un acontecimiento hartamente famoso allí, al que acudían cientos de peregrinos todas las noches, a veces hasta miles. Y luego, tras organizar las habitaciones y repartir las camas, nos acostamos, agotados por el viaje.

A la mañana siguiente, mi padre preparó los desayunos mientras yo estaba en una entrevista con los dueños del hotel.

En cuanto salí de la entrevista, que sentí más como una conversación con amigos que como una entrevista de trabajo, volví al piso, donde mi padre y mis hermanos ya estaban preparados para ir a misa en la explanada del santuario, bajo un sol reluciente y un cielo completamente azul. Hacía un calor impresionante y el santuario contaba con pocos lugares de sombra. Asistimos juntos a una bonita ceremonia eucarística y después nos dirigimos al hotel, donde los dueños nos habían invitado a comer.

—Decid en recepción que vais a comer a cuenta de Nuno —me había avisado el dueño—. Y, en el restaurante, cuando os pregunten el número de habitación, decid que es a mi cuenta.

Nos sirvieron dos de mis futuros compañeros a los que, en ese momento, no sabía el inmenso cariño que les iba a coger. Sus nombres son Gonçalo y Vítor, y son de las mejores personas que haya podido conocer. Gonçalo es un chico alto y grande, corpulento, de nariz aguileña y una gran sonrisa. Y resulta que lo que tiene de grande, lo tiene de bueno. Es todo corazón, un hombre educado y caballeroso como ya quedan pocos. Es bueno, atento y cariñoso y conmigo ha tenido mil y un detalles de amistad. Siempre preocupado, me trató como una auténtica reina. Y Vítor es el alma del hotel. Es la persona más graciosa (y, a veces, molesta) que puedas encontrar. Es un auténtico *divo*, fan de Dua Lipa y de Taylor Swift, especialista en llamar la atención y levantar el ánimo y el rey de las preguntas indiscretas. Vítor no tiene pelos en la lengua, y es una de las mejores personas que he conocido.

Como iba diciendo, comimos allí en el hotel y después volvimos al piso, donde las maletas de mi padre y mis hermanos ya estaban recogidas. Papá bajó las cosas de nuevo al coche y dio una vuelta por el piso para asegurarse de que no se dejaba nada, y cuando todo estuvo listo, se metieron en la fogueira y, tras despedirse de mí, arrancaron y se marcharon, dejándome sola a la entrada del edificio.

Y aquel fue el comienzo de otra de mis aventuras.

¿Sabéis cuál es la diferencia entre Bilbo y yo?

Bilbo fue a la Montaña Solitaria, ayudó a los enanos a recuperar su casa y volvió a Bolsón Cerrado; la siguiente aventura no la vivió él, sino Frodo, su sobrino, que tomó el relevo. En mi caso, a mí Gandalf me llamó dos veces. Efectivamente. Gandalf regresó a mi vida tras la aventura que había vivido en Alemania, allá por 2018. Ese lunes comencé a trabajar en el hotel y empecé a conocer a la que siempre llamaré mi “familia portuguesa”.

Conocí a Vania y a Alice. Vania es la jefa. Después de los dueños, es la que más autoridad tiene. Pero no penséis en ella como una persona mandona y desagradable. No, Vania es una mamá. Es de Bolivia y es una persona dulce, atenta, paciente y cariñosa. Ella me enseñó todo lo que necesitaba saber sobre la profesión y siempre con una sonrisa, teniendo siempre mucho cariño y comprensión. Y Alice es como la abuela del grupo. Es la más mayor, pero eso no le impide poseer más energía y optimismo que ninguno de nosotros.

Siempre de aquí para allá, cuidando de todos con dedicación y una sonrisa imborrable.

Y conocí al resto de la familia: un grupo heterogéneo, variopinto, pero con una unión envidiable. Eran una piña, difícil de entender para quien no lo haya vivido.

Pedro es el niño bueno: es tierno, muy correcto, extremadamente educado, cariñoso y responsable, siempre pendiente y dispuesto a dar un abrazo si lo necesitabas. Sonia es bromista, alegre e irónica, muy trabajadora y una excelente compañera. Podría hablaros eternamente de todos y cada uno de ellos, pero no acabaría nunca. Y es por eso que me limitaré a hablaros solamente de un miembro más: João, el jefe, el segundo de abordo de Vania.

João es el “*macho alfa*”, el líder. Cuando él entraba en la cocina, a pesar de su corta estatura, el personal se cuadraba. Era imponente, y no necesitaba de la fuerza ni la altura para ello. Su sola presencia irradiaba autoridad, liderazgo y confianza.

Lo cierto es que, en un principio, su carácter explosivo y fuerte, me hizo pensar que me odiaba, o que había hecho algo, inconscientemente, que le había ofendido. Era seco y frío conmigo y sentía que le caía mal. Pero, a medida que le fui conociendo mejor, fui descubriendo que no era así. João era un chico responsable, trabajador y que amaba su trabajo. Muy detallista, hacía del trabajo una diversión y sabía mandar. Era entregado y si era preciso quitaba su tiempo de descanso para dejar el trabajo hecho, y bien hecho.

He de decir que no puedo hablar de todos porque eran muchos, aunque algunos iban y venían como aves migratorias, sin detenerse demasiado tiempo con nosotros.

No obstante, tengo que confesar que les cogí un cariño especial a todos y ahora cada uno ocupa un lugar especial en mi corazón.

Me enamoré del lugar, un pueblo mucho más grande de lo que me había esperado, bonito, limpio y agradable, pero también me enamoré de su gente, de los portugueses: gente sencilla, humilde y alegre. Eran gente trabajadora, preocupada de las cosas importantes, que se tomaban todo con humor, sin buscar ofensas ni opresiones hasta debajo de las piedras. Gente que te brindaba todo lo que tenían. Mujeres maternas y deportistas, sin complejos ni luchas. Y hombres caballerosos que no tenían miedo de dejarte pasar, abrirte la puerta o ser educados. No tenían miedo de ser caballeros. Y a mí, me encantaba.

Pasé un verano increíble. Agotador, pero increíble.

Disfruté de los paseos por el santuario y sus alrededores, acompañada del canto de las golondrinas y los mirlos; disfruté de las escapadas a los supermercados que había por la zona, el Pingo Doce y el Aldi; y me deleité con las delicias y los manjares que Portugal tenía para ofrecerme, como los pasteles de Belén, los Pão do Ceu (pan de cielo) y los Ovos Moles, los Guardanapos y la mermelada de calabaza. Las jornadas de trabajo eran largas y cansadas, pero iba feliz a trabajar porque sabía que me encontraría con mis compañeros, que se habían convertido en amigos: con Pedro y su “tas boa?”, o “tas fixa?”; con Vítor, chillando “Hello, Meriiii!”, desde la otra punta de la cocina; con Vania y su cálida sonrisa, con Alice y su risa jovial y enérgica; con Mari Angel y su ritmo, con la que hablaba tanto; con Sonia y su energía y con João y su facilidad para descamisarse cuando poníamos mesas; con Daniela y Susana, su humor,

su alegría contagiosa, su vitalidad... Y cuando llegó septiembre y el verano llegaba a su fin, vino mi familia a pasar unos días conmigo antes de volvernos todos juntos a España.

El último día, fui a despedirme de todos. Y de vuelta en el piso, mientras comprobaba que no me dejaba nada, rompí a llorar. Porque todo estaba perfectamente recogido pero sí que me dejaba algo: me dejaba el corazón.

Me dejaba recuerdos preciosos, conversaciones, amistades y risas. Sentía que una parte muy importante de mí se quedaba allí, pegada a los muros de aquel piso, adherida a sus paredes y sus suelos. Y era verdad.

Y cuando monté en el coche para volver a Asturias, el corazón se me encogió y me dio un vuelco, y mientras nos alejábamos y dejábamos Fátima atrás, supe que por mucho tiempo que pasara, el Santo Amaro siempre sería mi hogar, y su gente mi familia, y que por muchas vueltas que diera la vida, si tenía la más mínima oportunidad, volvería allí sin dudarlo.

A pesar de salir tarde del trabajo y entrar demasiado temprano al día siguiente; a pesar de los momentos en los que no sentía el brazo y el agotamiento de estar de pie y correr sin parar de un lado para otro; a pesar de las interminables jornadas de trabajo; a pesar del cansancio y el esfuerzo, volvería sin duda.

Porque en esta aventura no tuve que matar un dragón, pero encontré una segunda familia y no podía ser mejor.